

NOTAS AL PIE: EL ORIGEN DE UNA ESPECIE

Anthony Grafton*

En el siglo XVIII, la nota al pie histórica era una forma excelsa del arte literario. Ningún historiador del Siglo de las Luces pudo superar la envergadura épica ni el estilo clásico de Decadencia y caída del imperio romano de Edward Gibbon. Y nada en esa obra regocijó a los amigos ni encolerizó a los enemigos del autor como sus notas al pie.¹ Ganaron justa fama por su irreverencia sexual y religiosa. "En sus Meditaciones -dice el historiador acerca del emperador Marco Aurelio, esposo de la notoria 'cortesana' Faustina- agradece a los dioses por haberle concedido una esposa tan fiel, tan gentil y de modales tan exquisitamente sencillos"². "El mundo -reflexiona el amable anotador- se ha mofado de la credulidad de Marco; pero Madame Dacier nos asegura (y podemos dar crédito a una dama) que el esposo siempre será engañado si la esposa se digna disimular"³ "El deber -observa el autor en su indagación ostensiblemente seria sobre los milagros en la Iglesia primitiva- no obliga al historiador a introducir su juicio particular en esta delicada e importante polémica."⁴ "Puede parecer notable -comenta en una nota al pie que desdeña cualquier pretensión de recato- que Bernardo de Claraval, quien consigna tantos milagros de su amigo San Malaquías, jamás presta atención a los suyos, que, a su vez, son cuidadosamente narrados por sus amigos y discípulos."⁵ "El docto Orígenes -y algunos más, dice Gibbon al analizar la aptitud de los primeros cristianos para conservar la castidad- juzgó de suma prudencia despojar de sus armas al tentador."⁶ La nota al pie aclara que el teólogo, para evitar la tentación, había recurrido al medio drástico de la autocastración; de paso, revela la opinión que le merecía dicha operación: "Puesto que en general interpretaba las escrituras de manera alegórica, parece poco feliz que justamente en este caso optara por el sentido literal".⁷ Estos comentarios alegremente sarcásticos se adherían como abrojos a las memorias ortodoxas y reaparecían para acosar a su autor en los innumerables panfletos de sus críticos.⁸ El ingenio de Gibbon servía a fines eruditos además de polémicos, así como sus notas al pie no sólo subvertían sino que apuntalaban el arco magnífico de su historia.⁹ Podía imbuir una cita bibliográfica de la solemne simetría de una perorata ciceroniana: "En la consideración de los gnósticos de los siglos II y III, Mosheim es ingenioso e imparcial; Le Clerc aburrido, pero preciso; Beausobre casi siempre un exégeta; y es de temer que los padres primitivos son con frecuencia calumniadores".¹⁰ Sabía presentar un paralelismo gracioso con la solemnidad que se suele reservar para encomiar o condenar a un héroe: "Cabe observar que para la enumeración de las deidades sirias y árabes, Milton ha sintetizado en ciento treinta líneas muy bellas los dos grandes y doctos sintagmas que Selden había compuesto sobre tema tan abstruso"¹¹ Y era capaz de honrar a los antiguos estudiosos, esos buenos cristianos en cuyas obras hurgaba en busca de mil y un detalles curiosos, con una combinación singular de desdén jovial por sus creencias y auténtico respeto por su erudición.¹² Gibbon creía con justa razón que una reseña exhaustiva de sus fuentes redactada en el mismo estilo hubiera brindado "solaz además de información"¹³. Aunque sus notas al pie aún no eran románticas, poseían todo el romanticismo del gran estilo. Y su "abundancia instructiva" le granjeó los elogios del brillante humanista decimonónico Jacob Bernays, así como de su hermano Michael Bernays, un germanista cuyo ensayo precursor sobre la historia de la nota al pie aún

* Primer Capítulo de GRAFTON. Anthony *Los orígenes trágicos de la erudición. Breve tratado sobre la nota al pie de Página*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1998.

ofrece más información e ideas que la mayoría de sus rivales.¹⁴ En la actualidad, los argumentos de los historiadores aún avanzan con paso firme o retroceden vacilantes sobre sus notas al pie. Pero el plomo de la prosa oficial ha reemplazado el oro de la retórica clásica de Gibbon.

En el mundo moderno, dicen los manuales para redactores de tesis, los historiadores realizan dos tareas complementarias.¹⁵ Deben estudiar todas -las fuentes referentes a la solución de un problema y a partir de ellas elaborar una nueva narración o argumento. La nota al pie es la prueba de que se ha realizado las dos tareas. Identifica tanto el indicio primario que garantiza que la sustancia del relato es novedosa como las obras secundarias que no desmienten ese carácter en forma y tesis.

Además, identifica el trabajo histórico en cuestión como obra de un profesional. El murmullo la nota al pie es reconfortante como el zumbido agudo del torno odontológico: el tedio que provoca, como el dolor que provoca el torno, no es aleatorio sino direccional, es parte del costo a pagar por los beneficios de la ciencia y la tecnología modernas.

Como sugiere esta analogía, en la vida moderna la nota al pie está vinculada con la ideología y los procedimientos técnicos de una profesión.

Para ser historiador o dentista uno realiza estudios especializados; para practicar la historia o la odontología, uno debe recibir la aprobación de sus maestros, colegas y, sobre todo, pacientes (o lectores).

Aprender a redactar notas al pie forma parte de esta versión moderna de la vida de aprendiz. La mayoría de los historiadores se inician en pequeña escala, durante las semanas frenéticas dedicadas a redactar trabajos que han de leer de viva voz frente al profesor. A esa altura, las notas al pie son vistas, no leídas. Conforman una masa densa y borrosa de texto apenas vislumbrado en el pie de las páginas agitadas por las manos temblorosas del orador nervioso al mascullar frente a la clase. Más adelante, durante los largos meses dedicados a la redacción de la monografía, los estudiantes avanzan del estilo de producción artesanal al industrial con la esperanza de que el tutor, otros miembros del jurado constituido para evaluar su trabajo e incluso futuros colegas y empleado les admiren de las horas de arduo trabajo en la biblioteca y el archivo plasmadas en las largas notas al pie. Por fin, obtenido el doctorado y el empleo, los historiadores activos siguen produciendo notas al pie. Lamentablemente, los historiadores habituados a redactar notas maquinalmente -como los dentistas que se han vuelto insensibles al dolor que infligen y la sangre que derraman- tal vez casi no se dan cuenta de que siguen llenando de nombres de autores, títulos de libros y números de legajos o páginas sus textos inéditos. Al fin y al cabo, la producción de notas al pie suele parecerse no tanto al trabajo especializado de un profesional que realiza una función precisa proyectada hacia un fin superior que la producción cuanto a la producción improvisada y la eliminación de residuos.

La nota al pie moderna es tan esencial para la vida histórica civilizada como el retrete; como éste, es un tema de mal gusto en la plática cortés y por lo general solo llama la atención cuando se descompone. Como el retrete, la nota al pie permite a uno realizar actos desagradables en la intimidad; como sucede con aquel, el buen gusto exige que se la coloque en un lugar discreto; últimamente no se la incluye en el pie de página sino al final libro. Es el lugar que merece recurso tan baladí: ojos que no ven, corazón que no siente.

Sin embargo, el historiador con frecuencia debe hurgar en esos rincones oscuros y hediondos que rehuyen los pueblos civilizados. La exploración de retretes y cloacas ha sido una fuente inagotable de riquezas en materia de población, planificación urbana y olores. Las etapas de su desarrollo permiten distinguir entre las texturas de la vida social moderna y premoderna de manera mucho más gráfica que las pretenciosas cronologías halladas en las historias políticas e intelectuales.¹⁶ Quien quiera conocer las acres diferencias entre un aula francesa del siglo XVI y una del presente no debe examinar los difundidos manuales de Petrus Ramus, sino tener presente el pasaje de su biografía donde dice que se bañaba una vez al año, en el solsticio estival. Asimismo, el estudio de esas partes de la historia que yacen bajo el nivel del suelo puede revelar grietas ocultas y conductos olvidados tanto en la práctica moderna como en las tradiciones milenarias del saber historiográfico.

Basta una breve comparación para sacar a luz una gama asombrosa de prácticas divergentes más allá de la línea de circunvalación histórica. Desde luego que a primera vista todas las notas al pie se parecen mucho. Así como en el mundo histórico antiguo se invocaba a la Musa, en la civilización industrializada todos los artículos comienzan con una larga nota de agradecimiento a los maestros, amigos y colegas. Tales notas evocan una República de las Letras, o al menos un grupo de apoyo académico, del cual el autor se considera miembro. Puesto que en realidad estas notas suelen describir algo mucho más tenue -el grupo de aquellos quienes el autor desea hubiesen leído su libro, aportado ideas o siquiera le hubiesen dado la hora-, esas notas introductorias conservan algo de la cualidad literaria, por no decir ficticia, de las tradicionales¹⁷.

Pero la austera luz del día no tarda en dispersar las sombras frescas y perfumadas de la autobiografía erudita. Se supone que las largas listas de libros y artículos anteriores juntamente con las columnas de referencias cifradas a documentos inéditos demuestran la seriedad de la investigación realizada por el autor al dar cuenta de las fuentes consultadas. La realidad es que los relativamente escasos lectores que han hurgado en los mismos archivos pueden descifrar un conjunto cualquiera de notas con facilidad y pericia.¹⁸ Para la mayoría de los lectores, la nota al pie cumple otra función. En una sociedad moderna, impersonal, en la cual los individuos deben confiar en personas desconocidas para obtener la mayoría de los servicios que requieren, las credenciales cumplen la función que antes era propia de la recomendación personal: dan legitimidad.

Como la tarima de alfombra raída, la jarra con agua y la presentación incoherente e imprecisa destinada a demostrar que el conferencista tiene algo interesante que decir, las notas al pie confieren al autor un aire de autoridad.¹⁹ Sin embargo, a diferencia de otras clases de credenciales, las notas al pie brindan a veces una forma de esparcimiento... generalmente bajo la forma de puñales clavados en la espalda de los colegas del autor. Algunas puñaladas son amables. En ocasiones, el historiador se limita a citar una obra, pero en otras le antepone discretamente el tan sutil cuan mortífero "cf." ("confróntese"; en alemán, vgl.). Esto le da a entender al especialista que la obra citada presenta un punto de vista distinto y, además, equivocado. Pero no todos los lectores del libro conocen la clave. Por eso, la puñalada debe ser de vez en cuando más brutal y directa.

Para despachar una obra o tesis de manera concisa y definitiva a veces basta una frase hecha o un adjetivo preciso. Con la astucia que los caracteriza, los ingleses realizan esta forma de asesinato con una frase adverbial: *oddly overestimated*

[extrañamente sobreestimado]. Los alemanes prefieren el directo *ganz abwegig*; los franceses, un frío pero no menos taxativo *discutable*. Todas estas formas indispensables de la injuria aparecen en la misma posición destacada y realizan la misma obra de asesinato intelectual. Quien haya leído una pieza de historiografía profesional producida recientemente en Europa o en los Estados Unidos habrá encontrado ejemplos de estas prácticas y otras afines. Los códigos y las técnicas profesionales subyacentes parecen tan universales en su uso como parques en su atractivo.²⁰ Sin embargo, un estudio más minucioso de sus detalles revela que las apariencias de uniformidad engañan. Para el inexperto, las notas al pie parecen sistemas profundamente arraigados, sólidos, firmes; para el entendido son auténticos hormigueros donde se desarrolla una actividad febril, constructiva y combativa. En Italia, por ejemplo, la nota al pie actúa por omisión tanto como por acción. El hecho de no mencionar a cierto estudioso o a cierta obra constituye una afirmación polémica, una *damnatio memoriae* que el círculo de interesados reconocerá y descifrá al instante. Pero desde luego, ese círculo tiene una circunferencia limitada. Así, el autor transmite un mensaje a la pequeña comunidad de especialistas que conocen el idioma y otro a aquélla mucho más amplia de los historiadores y otros lectores en cuyas manos pueda caer algún ejemplar de la *Rivista storica italiana* o de los *Quaderni storici*. Sólo aquellos que han memorizado los puntos y las rayas del código de la anotación -que desde luego, cambia hora a hora- interpretarán el mensaje elocuente y polémico de las lagunas. Para los demás, las mismas notas parecerán serenas e informativas. Dicho de otra manera: muchos textos italianos con notas al pie trascienden el doble mensaje que requiere la teoría para agregar uno más. Se dirigen no sólo al público teóricamente universal de los historiadores, la "comunidad de los competentes" en todos los países, sino también a un grupo mucho más pequeño, la camarilla de los iniciados.

Distinto es el caso de Alemania, donde la omisión parece tener el carácter de una afirmación general, no particular. Los historiadores alemanes occidentales se complacían en fustigar a otros por no citar la "literatura alemana anterior". Pero ellos, por su parte, omitían generalmente citar obras más recientes -sobre todo de historia alemana- en lengua no alemana; además, no advertían o asimilaban las formas nuevas, interdisciplinarias de la historia que florecían en Francia y en los Estados Unidos. Ésta no era una muestra de ignorancia (¡Dios nos libre!), sino más bien de una convicción: la de que habitaban un Imperio Medio del pensamiento histórico, conectado orgánicamente con la disciplina histórica del siglo XIX, afectada de *Begriff* y dominada por Alemania. De ahí que no tuvieran necesidad de abrir sus puertas a los bárbaros, salvo a unos pocos privilegiados que habían aprendido los procedimientos y misterios de la erudición alemana hasta el punto de volverse civilizados. A pesar de sus divisiones, tal comunidad histórica revelada coincidía exactamente con las fronteras nacionales.

Al mismo tiempo que perpetuaban un prejuicio, los historiadores alemanes occidentales aplicaban una forma de investigación que encajaba perfectamente con la conciencia de su posición en el mundo de la erudición.

Ellos (o sus ayudantes de investigación) trabajaban generalmente en una biblioteca catedrática diseñada para presentar las obras fundamentales de una sola disciplina. Citaban las obras de esta colección limitada de manera extensa y detallada. En cambio, las obras no representadas en la biblioteca de la cátedra sólo eran consultadas si el ayudante de investigación las encontraba en la biblioteca de la universidad o las obtenía a través de los préstamos interbibliotecarios. Pero no cumplían

una función importante en la generación de las polémicas históricas y, por lo general, ocupaban poco o ningún espacio en las notas al pie. Naturalmente, los libros extranjeros tenían mayores probabilidades que los alemanes de ser relegados a los depósitos inaccesibles de la biblioteca universitaria en lugar de ocupar un lugar visible en los anaqueles de la cátedra. Así, las dificultades prácticas de acceso se sumaban a la gendarmería intelectual montada por las tradiciones de la enseñanza y la erudición. Por su parte, los historiadores de Alemania Oriental debían vérselas con auténticos gendarmes tridimensionales.

Hacían sus declaraciones de principios y lealtad de manera más franca, sobre todo, quizás, al citar las obras de Marx y Engels fuera de orden alfabético, al comienzo de sus bibliografías. Desde luego que la historia de la nota al pie que crearán las fuerzas conjuntas de la investigación occidental y oriental en una Alemania unida será obra del futuro. Como indican estos ejemplos, la naturaleza y el contenido de la nota al pie varían tanto como los de cualquier otro procedimiento científico o técnico complejo. Al igual que la "medición cuantitativa precisa", el "experimento controlado" y otras garantías de que una determinada afirmación acerca del mundo natural es rigurosa y válida, las notas al pie aparecen en formas tan variadas como para exigir el mayor ingenio de parte del taxónomo. Cada una tiene una relación orgánica con la comunidad histórica particular que la ha generado, y que es, al menos, tan importante como su relación con la comunidad supuestamente internacional de los historiadores, esa quimera imaginada por el historiador católico alemán Lord Acton, quien tanto hizo por introducir los métodos de la historiografía científica alemana en Inglaterra. Acton esperaba dirigir una Historia moderna para la Cambridge University Press, una obra en la cual resultara imposible inferir la nacionalidad de los colaboradores a partir del método y contenido de sus artículos... una historia que será escrita cuando el mar se vuelva limonada.²¹ Por otra parte, las notas al pie varían no sólo por su estilo sino también por las condiciones de su producción. Algunas largas listas de citas documentales revelan el conocimiento penosamente adquirido por el estudiante investigador de cierto detalle recóndito; otras, como las que adornaban los enjundiosos artículos de Walter Ulbricht sobre la historia de los sindicatos y partidos alemanes en *Beitäge zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, son producto de la colaboración y presentan información recolectada después, no antes, de la redacción del texto con el fin de sustentar una tesis preexistente. Las dos clases de nota son similares en cuanto a su aspecto, pero evidentemente tienen relaciones muy distintas tanto con el texto para cuya sustentación fueron creadas como con las profesiones históricas que supuestamente regularon su creación.²² Diversos estudios han demostrado que las citas en obras científicas no se limitan a identificar a los autores de las ideas y las fuentes de datos. Reflejan los estilos intelectuales de las respectivas comunidades científicas nacionales, los métodos pedagógicos de los estudios de posgrado y las preferencias literales de los directores de revistas profesionales influyentes. A veces remiten no sólo a las fuentes precisas de los datos presentados por los autores, sino también a las teorías y a las escuelas teóricas con las que quieren o esperan que se las identifique.²³ Las citas en los escritos históricos muestran otras tantas señales de su origen en el empeño humano, falible y prejuicioso.

Quien rastree las notas al pie de los historiadores hasta sus fuentes y se tome el tiempo para seguir las profundas raíces retorcidas del árbol fulminado de la polémica erudita, bien puede descubrir en el subsuelo ácido muchos más elementos de interés humano de los que cabría esperar.

Considérese el siguiente proceder, afortunadamente infrecuente pero desgraciadamente comprobado: el del investigador carterista. Sorprendido in fraganti, el astuto criminal suplica a la víctima que acepte discretamente la devolución de su billetera; apenas la víctima extiende el brazo, el ladrón exclama: "Socorro, me roban". Asimismo, más de un estudioso ha plagiado a otro y, a la vez, acusado a la víctima, en la nota al pie correspondiente, de hacer lo propio. Pocos lectores tendrán la constancia de verificar la historia; la mayoría dará por sentado que el elegante carterista, y no la víctima ofuscada, dice la verdad. El camino de un hecho grande o pequeño del archivo a la reseña, pasando por el cuaderno y la nota al pie, dista de ser recto. En este caso, como en otros, el lector crítico tal vez descubra que "lo importante es el viaje, no el destino".

La nota al pie requiere atención, además, por otros motivos: no sólo por ser un procedimiento entre otros que componen el acervo de la ciencia y la erudición sino también como objeto de aguda nostalgia y debate enconado. Los historiadores del siglo XX han agregado una habitación moderna tras otra a las mansiones tradicionales de su disciplina.

Al hacerlo, han cerrado las ventanas, por no hablar de las oportunidades de progreso, de sus colegas más tradicionalistas. El proceso ha causado mucho dolor, y el clamor consiguiente ha tomado más de una vez la forma de exclamaciones de angustia por el descrédito en que ha caído la nota al pie tradicional.

Algunas de las formas nuevas de la historia descansan sobre pruebas que no caben en la nota al pie: los análisis de enormes cantidades de datos estadísticos realizados por la demografía histórica sólo se pueden verificar cuando los autores permiten que sus colegas accedan a sus archivos electrónicos. Otras se apoyan en pruebas que la nota al pie no suele incluir, como los apuntes antropológicos sobre el terreno que registran sucesos efímeros, desde rituales hasta entrevistas, y documentan costumbres que cambian en el momento en que las describen. Estas son, por definición, imposibles de verificar: como advirtió Heráclito, ningún antropólogo vive y trabaja dos veces en la misma aldea. No habrá dos antropólogos que describan el mismo intercambio en términos idénticos o analicen y codifiquen la misma descripción de un intercambio con categorías idénticas. Más importante aun, un solo conjunto de apuntes de campo generalmente es demasiado extenso para publicado de la manera corriente.²⁴ Ciertos historiadores actualizados reúnen las , pruebas de archivo y las citan de la manera tradicional, pero las emplean para responder a nuevos interrogantes derivados de la economía política, la teoría literaria y todas las disciplinas intermedias.²⁵

Hace cien años, los historiadores hubieran trazado la siguiente distinción sencilla: el texto convence, las notas demuestran.²⁶ Después de todo, en el siglo XVII ciertos anticuarios titulaban ya los apéndices de sus obras sencillamente Preuves [Pruebas].²⁷ Hoy, en cambio, muchos historiadores dirían que sus textos presentan las pruebas más importantes, bajo la forma de análisis estadístico o hermenéutico de los indicios, en tanto las notas sólo indican las fuentes. En cada uno de estos casos, pesar de las diferencias, muchos críticos han respondido a la manera de un defensor torpe ante las fintas de un hábil delantero en un partido de fútbol muy disputado: mediante el golpe artero. Derriba a tus adversarios por medio de zancadillas, demuestra que han malinterpretado o ; leído mal los documentos, y no tendrás que molestarte en responder a sus argumentos. Tales críticas son muy variadas en cuanto a calidad intelectual, rigor erudito y tono retórico. Pero la mayoría se basa en una hipótesis común y discutible: que los autores deben citar exhaustivamente las pruebas de cada afirmación que hacen en sus textos, tal como lo indican los manuales sobre redacción de tesis.²⁸ El hecho, desde

luego, es que nadie puede agotar la gama de fuentes referidas a un problema importante, por no hablar de citadas en una nota. Además, en la práctica, cada anotador ordena los materiales de manera tal de confirmar una tesis, los interpreta a su manera individual y omite aquellos que no satisfacen su criterio necesariamente personal de pertinencia. La siguiente persona que estudie los mismos materiales de archivo probablemente los presentará en un orden completamente distinto.²⁹ Una serie de polémicas sobre notas al pie revela el uso -y abuso que sufren en manos de ciertos polemistas: generalmente les sirven para acusar al adversario de incompetencia en lugar de responder a sus argumentos. Un caso particular, provocado por un intruso innovador, provocó turbulencias en toda la comunidad histórica del Atlántico norte.³⁰ Henry Turner, historiador especialista en la historia económica de Alemania bajo los nazis y profesor en la Universidad de Yale, descubrió a principios de la década de 1980 que un joven estudioso en Princeton, David Abraham, había cometido errores en la identificación y cita de documentos de archivo en su libro *The Collapse of the Weimar Republic: Political Economy and Crisis* (Princeton, 1981). Según Turner y otros, los errores de Abraham, además de groseros, eran intencionales: había fechado, atribuido y traducido mal los textos de archivo para demostrar que las relaciones entre los nazis y los empresarios habían sido mucho más estrechas de lo que fueron en realidad. Estos críticos llegaron al absurdo de acusar a Abraham de falsificación en lugar de reconocer que era un estudiante norteamericano bastante típico, que abordó los archivos alemanes con intereses teóricos muy desarrollados, un punto de vista novedoso y escaso conocimiento activo tanto del idioma alemán como de las mejores técnicas para tomar apuntes.³¹ En fin, como suele suceder, los críticos se negaron a colocar los errores reales que descubrieron en su debido contexto... así como a reconocer su propia falibilidad. Cuando apareció el libro de Turner, que también era una obra polémica, lógicamente mereció un estudio más detenido que lo habitual por parte de los historiadores que no compartían sus simpatías. Más de uno señaló que Turner había ordenado los documentos para acomodados a su tesis y había omitido las pruebas en contra de ésta.³² Los errores comprobados de Abraham eran mucho más abundantes que los de Turner (ya que su libro demostraba una mayor ambición (intelectual). Ambos sirven de ejemplo de la falibilidad de los eruditos... y de que, por la naturaleza misma de las cosas, una obra histórica con sus notas jamás puede reproducir o citar toda la gama de pruebas que la sustentan.³³ Con todo, las tácticas de los críticos de Abraham aún tienen cultores. Dos destacados antropólogos, ninguno de los cuales es un maestro en los arcanos del oficio de historiador, ofrecieron recientemente al público un cuento aleccionador. Cada uno atacó las notas al pie del otro con el equivalente académico del ridículo, con la esperanza de echar por tierra las interpretaciones expuestas en su texto: ninguno demostró ser consciente de las lagunas necesarias en el procedimiento normal de cita de fuentes, al menos como las había empleado el otro. El prestigio del que aún goza el positivismo apareció vívidamente en la energía esperanzada con la que estos devotos del antes orgulloso oficio de la etnografía buscaron la salvación en las disciplinas de la pedantería histórica.³⁴ Pero la obra de los maestros en las artes de la erudición técnica ha dado lugar a tantas polémicas enconadas sobre las notas al pie como la de los aprendices. En 1927, Ernst Kantorowicz publicó su biografía del emperador Federico II. Como discípulo de Stefan George, que pretendía rastrear la historia perdida de lo que llamaba la "otra Alemania", Kantorowicz quería llegar a un público no académico. Su obra, escrita en un estilo retórico apasionado, apareció sin el lastre de las notas al pie, pero adornada con una elegante esvástica en la portadilla, en la

colección *Blaetter fuer di Kunst* del editor berlinés Georg Bondi. El libro se convirtió inmediatamente en un best seller, con ejemplares exhibidos en los escaparates de las librerías de moda en la *Kurfürstendamm*. Al mismo tiempo, provocó la ira de los medievalistas académicos, quienes denunciaron por intelectualmente peligrosa la supuesta tendencia del autor a confundir los mitos y las metáforas de sus fuentes con hechos históricos. Y su decisión de publicar la primera edición del texto sin notas ni bibliografía no sirvió para serenar los ánimos de sus críticos, quienes se sintieron tanto más frustrados por la omisión por cuanto sabían que el conservador ex soldado convertido en *dandy* era un maestro de la corrección e interpretación de textos, que en una célebre generación de estudiantes de Heidelberg se había destacado por su erudición técnica y que conocía la literatura correspondiente con minucioso detalle.³⁵ Dos años después de la aparición del libro de Kantorowicz, Albert Brackmann lo atacó públicamente en la Academia Prusiana de Ciencias; la conferencia fue reseñada por el importante periódico berlinés *Vossische Zeitung* y reproducida íntegramente en la gran revista historiográfica alemana *Historische Zeitschrift*.³⁶ En su libro, Kantorowicz había dicho que Federico, durante su coronación en Jerusalén, se veía como un rey santo, sucesor directo de David, como el mismo Jesús.³⁷ Esta tesis fue el blanco de la crítica de Brackmann. Y se negó a aceptar la réplica de Kantorowicz, quien citó al alemán Marquardt de Reid y su homenaje a Federico el Grande como siervo de Dios, *famulus Dei*. Kantorowicz, dijo, había omitido la cita crucial en la cual Marquardt distinguía claramente entre Jesús y Federico: "*Hic Deus, ille Dei pius ac prudens imitator*" ["Éste es Dios, aquel es el piadoso y prudente imitador de Dios"]. Según Brackmann, al citar esta frase en su refutación, Kantorowicz modificó discretamente su libro, en el que había traducido varios versos pero omitido el más importante.³⁸ Sin embargo, es evidente que Kantorowicz se mantuvo en sus trece; en 1931, cuando por fin publicó el tomo suplementario de notas, nuevamente destacó el tono de exaltación del poema de Marquardt, aunque no en su distinción entre el Emperador y el Salvador. No aludió a la refutación de Brackmann, pero sí citó su propio artículo.³⁹ Lo que se trata de destacar no es quién de los dos polemistas tenía razón sino el hecho de que aún hoy, a pesar de la rica documentación generada por el incidente, el lector no puede seguir la evolución del pensamiento de Kantorowicz con respecto a esta importantísima fuente de información. ¿Cambió de opinión? ¿Llegó a la conclusión de que se había equivocado al omitir el verso destacado por Brackmann? ¿Tenía respuesta a la crítica de éste? A pesar de la singular riqueza de la documentación, la gama completa de operaciones intelectuales por las cuales el documento pasó a formar parte de las fuentes de Kantorowicz y éstas, a su vez, parte de una historia, un argumento y un conjunto de notas al pie, es aún un misterio.

Pues bien, tanto la experiencia como la lógica sugieren que la nota al pie es incapaz de realizar todas las tareas que le atribuyen los manuales: ninguna acumulación de notas puede demostrar que cada afirmación del texto descansa sobre una montaña inatacable de hechos demostrados. Las notas existen para cumplir otras dos funciones. En primer lugar, son persuasivas: convencen al lector de que el historiador ha realizado una cantidad aceptable de trabajo, suficiente para caber dentro de los límites de tolerancia de su campo. Al igual que los diplomas en el consultorio del odontólogo, las notas demuestran que el historiador es un facultativo "competente" al que se puede consultar y recomendar, pero no que éste puede llevar a cabo determinada operación. En segundo lugar, indican las fuentes principales consultadas por el historiador. Aunque en general no explican el curso preciso que ha seguido el historiador en su interpretación

de los textos, sí suelen darle al lector crítico e imparcial los indicios suficientes para determinarlo... en parte. Ningún conjunto de notas puede dar mayor información -ni seguridad- que ésta.

Sin embargo, aun cuando las intenciones de! texto y las notas se hayan vuelto un tanto vagas, parece evidente e! carácter drástico de la transición de una narración continua a un texto con notas escritas por uno mismo. Una vez que e! historiador empieza a escribir con notas al pie, la narración histórica adquiere un doble carácter moderno. Los historiadores políticos tradicionales, tanto antiguos como renacentistas, escribían desde el seno de una tradición retórica, como estadistas o generales que se dirigían a sus pares. Su obra aspiraba a la universalidad; describían con elocuencia los ejemplos de discurso y acción buenos y malos, prudentes e imprudentes, con e! fin de proporcionar lecciones morales y políticas válidas para todo tiempo y lugar.⁴⁰ Los historiadores modernos, en cambio, tratan de distanciarse de sus propias tesis al mismo tiempo que las fundamentan. Las notas constituyen una narración secundaria que sigue la trama de la primaria pero difiere nítidamente de ella.

Al documentar e! pensamiento y la investigación que sustentan la narración en la cabeza de la página, demuestran que es un producto históricamente contingente, que depende de las formas de investigación, las oportunidades y los estados en que se encontraban diversos problemas cuando e! historiador inició su trabajo. Como e! croquis que hace un ingeniero de un magnífico edificio, la nota al pie revela los puntales toscos, los inevitables puntos débiles y las tensiones ocultas que un alzado de la fachada intenta disimular.

La aparición de la nota al pie -y recursos afines tales como los apéndices documentales y críticos- separa la modernidad histórica de la tradición. Tucídides y Joinville, Eusebio y Matthew Paris no identificaban I sus fuentes ni reflexionaban sobre sus métodos en textos paralelos a sus narraciones, lo cual despierta exclamaciones de pesar en los hipócritas, a la vez que da trabajo a legiones de clasicistas y medievalistas.⁴¹ En cambio, la mayoría de las obras históricas escritas durante los últimos siglos -salvo aquellas redactadas para esparcimiento del gran público no especializado, o bien con la intención de escandalizar a la pequeña comunidad de los especialistas- han seguido alguna variación del doble carácter estándar.⁴² La presencia de las notas al pie es esencial. Son las señales exteriores y visibles de la gracia interior: la gracia que se infundió a la historia cuando se la transformó de una narración elocuente en una disciplina crítica. A partir de entonces, la observación sistemática y la cita tanto de pruebas originales como de argumentos formales para justificar la preferencia por determinada fuente con respecto a otra se convirtieron en ocupaciones necesarias y atractivas del historiador. Como *Iocus classicus* de estas ocupaciones, naturalmente, la nota al pie erudita era parte vital de cualquier obra histórica seria. Cabe presumir que su elevación a una posición exaltada ocurrió cuando el matrimonio de sus padres, la historia y la filología, la volvió legítima. Por consiguiente, se trata de identificar la iglesia donde se celebró la boda y al clérigo que la ofició.

Es decir, eso pensaba yo... hasta que empecé a indagar en los estudios modernos de las notas al pie y la historiografía en busca del momento preciso en que la historia se volvió sobre sí misma. Lo extraño es que cuanto más aguzaba la vista, más inciertas se volvían las respuestas. La mayoría de los estudiosos recientes de la nota al pie han venido a enterrarlas, no a elogiarlas. Una gran cantidad de artículos y algunos libros se explayan sobre ellas. Pero a la mayoría de sus autores no les interesa estudiar histórica y empíricamente los logros y padecimientos de la nota al pie cuanto mofarse

de ella. Por ejemplo, los estudiantes norteamericanos de derecho escriben parodias en las que cada palabra tiene su correspondiente llamada a una nota al pie, la cual tiene citas detalladas destinadas a descubrir el origen de las reglas del béisbol en el derecho consuetudinario; los juristas alemanes escriben sátiras en las que reclaman la creación de disciplinas nuevas tales como Fussnotenwissenschaft y Fussnotologie.⁴³ En ambas, la nota es tratada como la quintaesencia de la necedad académica y el derroche de energías. La pedantería estéril de los eruditos siempre es un tema atractivo, y su crítica generalmente es justificada, sobre todo en el derecho: una nota al pie en un fallo o código puede afectar de manera decisiva la vida de los individuos o la suerte de las empresas. Los mejores estudiantes de las mejores facultades norteamericanas de derecho -quienes durante un año o dos deben dedicar buena parte de su tiempo a compulsar y compilar abundantes notas para las revistas jurídicas que dirigen- tienen el mejor de los pretextos para tenerles aversión, aunque sus propias parodias rara vez se destacan por su ingenio o buen gusto.⁴⁴ No obstante, lo que dijo Peter Riess en broma resulta ser cierto: "La frecuencia con que aparecen las notas al pie, sobre todo en obras de erudición jurídica, contrasta notablemente con la escasa atención erudita que han recibido en tanto tales".⁴⁵ La mayoría de los estudiantes de historiografía, por su parte, han demostrado mayor interés por las profesiones explícitas de sus temas que por sus prácticas técnicas, sobre todo por aquellas que eran transmitidas y practicadas de manera más tácita que explícita. La filosofía de la historia ha recibido mucha mayor atención que su filología. Además, la mayoría de los estudios de ésta se refieren solamente a la manera como los historiadores realizan sus investigaciones... como si la selección y presentación de los datos no la afectara de manera fundamental. Jack Hexter es un destacado historiador norteamericano de los principios de la modernidad europea e inglesa que, en los últimos años de su carrera, se erigió en instructor de sus colegas en materia de metodología histórica (así como A. E. Housman decía que había preparado una edición de Lucano, no para los lectores en general, sino editorum in usum, es decir, para ilustración de sus colegas editores incompetentes). A fines de la década de 1970, Hexter descubrió que Christopher Hill, un historiador inglés aun más destacado, había citado de modo inoportuno ciertos textos del siglo XVII. Hexter dedujo de un conjunto de errores que Hill se obstinaba en leer los textos de manera uniforme. Dijo que Hill estudiaba sus fuentes no para comprenderlas, sino en busca de citas que, arrancadas de contexto, pudieran servir para apuntalar una tesis endeble. Al sostener este argumento, Hexter, aparentemente, no comprendió que su juicio adverso de los cuadernos privados de Hill se basaba en una parte de sus escritos públicos; y profundizó este error metodológico en la reedición de su reseña, al moderar su retórica exagerada sin revelarlo y afirmar luego que no comprendía por qué su víctima se sentía agraviada.⁴⁶ Las polémicas de esta clase, lejos de echar luz sobre los orígenes y la función actual de la nota al pie histórica, tienden a enturbiarlos. Los muy menospreciados historiadores franceses Langlois y Seignobos, autores a fines del siglo XIX de un manual de redacción histórica tan anticuado que algunos pasajes parecen notablemente modernos, reconocieron que "sería interesante descubrir cuáles son los primeros libros impresos provistos de notas a la manera moderna". Pero confesaron que "los bibliófilos que hemos consultado no lo saben, ya que el tema jamás les ha llamado la atención". Y Su propia sugerencia de que la práctica se inició con la recopilación con notas de documentos históricos era el blanco Y La edición crítica de documentos -x comenta un escrito de Y- comenzó en el mundo antiguo y ha florecido en toda civilización que poseyera un canon escrito formal. ⁴⁸ Los textos complejos, generalmente de diversos

orígenes, que integran las sagradas escrituras de una sociedad a veces o tal vez siempre incluyen comentarios de diversos tipos. Michael Fishbane ha demostrado en un libro notable cómo escribas y autores introdujeron sus fecundos comentarios directamente en la trama de la Biblia hebrea. Glosas breves sobre palabras y frases desusadas se convirtieron en parte integrante del texto que iluminaban; libros posteriores citaban y comentaban textos anteriores; deliberadamente o por inadvertencia, las Escrituras se convertían en intérpretes de sí mismas.⁴⁹ Con el tiempo, comentarios aun más tardíos - como la llamada *Glossa ordinaria*, la extensa glosa que se enroscó en torno del texto latino de la Biblia Vulgata utilizada en el Occidente medieval, o la *Glosa de Accursio*, comentarista medieval del *corpus iurus romano*- empezaron a aparecer como parte integrante del texto que explicaban. Habitualmente se los enseñaba con sus respectivos comentarios. Las escrituras seculares también contienen notas explicativas. Algunas son ocasionales y aisladas, otras sistemáticas y extensas. Dante y Petrarca tuvieron a bien escribir comentarios formales sobre determinados tramos de su obra poética, y la tradición se prolongó a través de los comentarios eruditos de Andreas Gryphius sobre sus tragedias tan interminables como laboriosamente doctas, hasta las notas de T. S. Eliot sobre *The Waste Land*.⁵⁰ Muchos autores renacentistas desde Petrarca en adelante concibieron la idea de que escribían para una posteridad tan remota como lo eran ellos mismos de los clásicos. Por eso empezaron a asentar por escrito la clase de información histórica y biográfica que ellos más apreciaban cuando estudiaban a los romanos; así lo hizo Petrarca en varios escritos, entre ellos su carta en prosa a la posteridad. Johannes Kepler, cuya sensibilidad histórica era tan aguda como su talento científico, escribió en su madurez un comentario formal sobre su propio primer libro, 1:1 *Mysterium Cosmographicum*, con el fin de explicar a los lectores de un futuro lejano las circunstancias de su vida y las vivencias que habían determinado la forma y el contenido particulares de la obra.⁵¹ La nota al pie histórica también está relacionada con otra forma más antigua de anotación: la que da referencias precisas a la sección de un texto magistral del cual proviene una cita que aparece en un texto posterior. Tales referencias eran infrecuentes en la prosa literaria antigua, ya que el docto autor no citaba directamente de la fuente sino de memoria, y solía introducir una pequeña modificación para indicar el hecho. ⁵² Ni siquiera los autores de obras reconocidas como compendios indicaban siempre sus fuentes con precisión: si Plinio el Viejo incluyó una lista de los autores de quienes tomó la materia de su

Naturalis historia y Aulo Gelio mencionó a los autores y a algunos de los libros, citados en su *Noctes atticae*, Macrobio omitió con frecuencia toda referencia a los autores que citó textualmente en su vasta e influyente *Saturnalia*.⁵³ En cambio, los juristas romanos incluían referencias muy precisas a los tratados de derecho que les servían de fuentes. El *Collatio legum Romanarum et Mosaicarum*, por ejemplo, un tratado de la antigüedad tardía que compara las leyes de Roma con las de Moisés, cita vagamente a éste, pero da referencias precisas y detalladas de aquéllas.

Notas fragmentarias de clases de derecho en la antigüedad tardía revelan que los profesores indicaban a sus alumnos no sólo las obras y sus divisiones en capítulos, sino, incluso, los números de páginas de copias evidentemente uniformes.⁵⁴ En la Edad Media, los estudiosos de las nuevas escuelas del siglo XII y las universidades que surgieron a partir de éstas crearon pautas rigurosas para citar con precisión y elaboraron códigos claros para otras disciplinas además del derecho. Evidentemente, la profesionalización trae consigo la atribución.

Los márgenes de los manuscritos y los primeros textos impresos de teología, derecho y medicina abundan en glosas que, como la nota al pie del historiador, permiten al lector remontarse del argumento final a los textos en los cuales se basa. Pedro Lombardo, el teólogo cuyos comentarios sobre los Salmos y las Epístolas de Pablo constituyen, probablemente, "los libros glosados más elaborados", nombraba prolijamente sus fuentes hasta el punto de crear lo que Malcolm Parkes llama "el antepasado del moderno cuerpo erudito de notas".⁵⁵ Pedro merece, por cierto, reconocimiento por una hazaña típica de la modernidad: provocó la primera controversia debida a un error al citar una fuente. Una de sus glosas cita a San Jerónimo como fuente de la historia, muy difundida en el siglo XII, de que la Salomé del Evangelio de Marcos no era una mujer sino el tercer esposo de Santa Ana. Heberto de Bosham, quien rechazó esta tesis, argumentó con vehemencia que la glosa de Pedro era errónea... aunque prefirió atribuir el error a un escriba ignorante en lugar de al docto autor.⁵⁶ Desde los primeros años se experimentó con formas de anotación nuevas y más fiables: Vincent de Beauvais, enciclopedista del siglo XIII, incorporó las referencias a las fuentes en el texto con el fin de evitar los errores de los escribas. ⁵⁷ Pero ninguna de las formas tradicionales de anotación -de las glosas del gramático a las alegorías del teólogo y las enmiendas del filólogo- es idéntica a la nota al pie histórica. Los historiadores modernos exigen que cada texto nuevo sobre el pasado incluya un cuerpo de notas, escritas por el autor, sobre sus fuentes. Es una norma de la erudición histórica profesional.

No tiene una relación evidente con el hecho histórico antiguo y comprobado de que todos los escritos que una comunidad académica o religiosa considera importantes contaron con las interpretaciones de comentaristas posteriores. Los comentarios sobre las escrituras sirven para apuntalar un texto que deriva su legitimidad de cualidades de las que carecen los textos históricos: que su autor era divino o, más frecuentemente, inspirado por la divinidad; de su antigüedad y su forma literaria. Esas notas sirven de intermediarias entre un texto considerado de valor eterno y un lector moderno cuyos horizontes están limitados necesariamente por sus necesidades e intereses inmediatos. Para algunos glosistas, las escrituras son una bomba lista para estallar si cae en las manos torpes del vulgo; para otros, constituyen un baluarte del orden teológico y social.⁵⁸ No obstante, todos coinciden en que el texto, como un faro perpetuo, envía un mensaje de valor y vigencia eternos. Los comentarios son necesarios porque los lectores humanos pueden ser descarriados por sus necesidades e intereses mezquinos.

Las notas al pie históricas son formalmente similares a las glosas tradicionales. Pero tratan de demostrar que la obra que sustentan deriva su autoridad y solidez de las condiciones históricas de su creación: que el autor excavó los cimientos, descubrió sus componentes en los lugares precisos y empleó los oficios necesarios para acoplados correctamente.

Para ello, sitúan la creación del trabajo citado en el tiempo y el espacio, subrayan los horizontes y las oportunidades limitados de su autor, más que las del lector. Las notas al pie apuntalan y socavan simultáneamente, mientras que los comentarios de las escrituras sólo socavan cuando se produce algún accidente.

El cuerpo erudito del historiador tampoco deriva de los comentarios de los autores medievales tardíos y renacentistas sobre sus propias obras. El historiador que construye una casa literaria sobre cimientos documentales no aborda la misma tarea que el autor de una obra religiosa, literaria o científica que trata de plasmar el mensaje del

texto de manera inequívoca para toda la posteridad. Aquél explica los métodos y procedimientos empleados para producir el texto, éste los necesarios para consumido. Por último, el historiador que cita documentos no remite al lector a las autoridades, como hacían los teólogos y abogados de la Edad Media y el Renacimiento, sino a las fuentes. Las notas al pie históricas no mencionan a los grandes escritores que consagran una determinada afirmación o cuyas palabras aparecen adaptadas en el texto, sino los documentos que le proporcionaron sus ingredientes sustanciales, y muchos de los cuales, acaso la mayoría, ni siquiera son textos literarios. El historiador profesional moderno no es sencillamente el descendiente directo del intelectual profesional de las escuelas medievales o la corte renacentista.

El objeto de este ensayo, necesariamente especulativo, es sencillo. Trata de descubrir cuándo, dónde y por qué los historiadores adoptaron la forma característica de la arquitectura narrativa moderna; averiguar quién fue el primero en erigir esta arcada peculiar con su piano nobile mudo y su piso abierto donde se vislumbran tantos objetos seductores.

Mis respuestas sólo pueden ser esquemáticas y tentativas, pero espero demostrar que la nota al pie es de estirpe más antigua de lo que solemos creer y que los orígenes de la criatura arrojan una luz particular sobre su naturaleza, funciones y problemas.

NOTAS

1. Véase, en general, G. W. Bowersock, "The Art of the Footnote", en: *American Scholar*, 53, 1983-1984, pp. 54-62. Sobre el contexto más amplio, véase el notable estudio anterior de M. Bernays, "Zur Lehre von den Citaten und Notizen", en: *Schriften zur Kritik und Litteraturgeschichte*, IV, Berlín, 1899, pp.255-347, en particular pp. 302-322.
2. E. Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, cap. 4, editado por D. B. Wormsley, Londres, 1994,1, pp. 108-109. [Hay trad. española: *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, Hyspamerica Ediciones Argentina, 2a ed., 1988.] 3. *Ibíd.*, cap. 4, nota 4, p. 109.
4. *Ibíd.*, cap. 15, 1, p. 473.
5. *Ibíd.*, cap. 15, nota 81, p. 474.
6. *Ibíd.*, p. 480.
7. *Ibíd.*, cap. 15, nota 96. Véase un análisis crítico reciente sobre la historia de la autoastración de Orígenes en P. Brown, *The Body and Society*, Nueva York, 1988, p. 168 Y nota 44.
8. Este punto está bien explicado por Bernays. Para estudios más recientes sobre temas afines, véanse F. Palmeri, "The Satiric Footnotes of wift and Gibbon", en: *The Eighteenth Century*, 31, 1990, pp. 245-262, Y P. W. Cosgrove, "Undermining the Footnote: Edward Gibbon, Alexander Pope and the Anti-Aurhenticating Footnote", en: *Annotation and its Texts*, editado por S. Barney, Oxford, 1991, pp. 130-151.
9. Dos historias clínicas útiles en este sentido son las de J. D. Garrison, "Gibbon and the Treacherous Language of Panegyrics", en: *Eighteenth Century Studies*, 11, 1977-1978, pp. 40-62; Y J. D. Garrison, "Lively and Laborios: Characterization in Gibbon's Metahistory", en: *Modern PhiLoLogy*, 76, 19781979, pp. 163-178.
10. Gibbon, E., ob. cit., cap. 15, nota 32; 1, p. 458.
11. *Ibíd.*, cap. 15, nota 9, p. 449.
12. Véase, por ejemplo, nota 98, cap. 70, en la que Gibbon reseña y evalúa con toda destreza la obra del infatigable historiador y compilador de textos Ludovico Antonio Murarori, "mi guía y maestro en la historia de Italia". "En rodas sus obras -comenta Gibbon- Murarori demuestra ser un autor diligente y trabajador, que aspira a superar los prejuicios del sacerdote católico" (Muratori hubiera respondido que escribir la historia con precisión era uno de los deberes del buen sacerdote...); editado por Womersley, III, p. 10'61.
13. "Adverrisement", 1, 5 (este texto aparece por primera vez, bajo el mismo título, en el verso del semitítulo a las notas al final de la primera edición del tomo I de *Decadencia y caída*, Londres, 1776).
14. La frase *Lehrreiche Fülle* es de Jacob, citada con aprobación por Michael Bernays (p. 305, nota 34). La relación entre ambos es digna de ser estudiada. Jacob lloró la muerte de su hermano cuando éste se convirtió al cristianismo; pero en su estudio genealógico de las ediciones de Goethe, Michael emuló el análisis de Jacob de la tradición manuscrita de Lucrecio. Sobre Jacob, véase A.Momigliano, "Jacob Bernays", Quinto contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico, Roma, 1975, pp. 127-158; acerca de su trabajo sobre Lucrecio, S. Timpanaro, *La genesis del método de Lachmann*, 2a ed., Padua, 1985. Sobre Michael Bernays, véanse W. Rehm, *Spiite Studien*, Berna y Munich, 1964, pp. 359-458, Y H. Weigel, *Nur was du nie gesehen wird ewig dauern*, Friburgo, 1989. Hasta donde sé, el tercer hermano, Berman, suegro de Freud, no emitió opinión alguna sobre las notas al pie de Gibbon.

15. Véase, por ejemplo, E. Faber e I. Geiss, *Arbeitsbuch zum Geschichtsstudium*, 2a ed., Heidelberg y Wiesbaden, 1922.
16. Véanse A. Corbin, *Le miasme et La jonquiLle*, París, 1982; L. Chevalier, *Classes laborietlSes et classes dangereuses a Paris pendant la premiere moitié du XIXe. siecle*, París, 1984. [Hay trad. española: *EL perfume o el miasma: el olfato o lo imaginario social s. XVIII y XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.]
17. P. Sharrart, "Nicolaus Nancelius, Petri Rami Vita, edited wirh an English translation", *Humanistica Lovaniensia*, 24, 1975, pp. 238-239.
18. Cf. V. Ladenthin, "Geheime Zeichen und Borschaften", *Süddeutsche Zeitung*, 8/9 de o.ctubre de 1994.
19. Cf. Bruce Lincoln, *Allthority*, Chicago y Londres, 1994.
20. Véase un análisis elegante (y satírico) de estas prácticas de la jurisprudencia alemana en P. Riess, *Vorstudien zu einer Theori (der Fussnote, Berlm Y Nueva York, 1983-1984*, por ejemplo, p. 3: "Der Fussnote ist (oder gibt vor, es zu sein), Trager wissenschaftlichen Informarion..." ["La nota al pie es (o se hace pasar por) portadora de información cientrfica... "] La nota 5 (una de las tres que remiten a esta frase) dice sobre la palabra informacion: "Oder auch nicht..." ["O no..."] Véanse también pp. 20-21 Y U. Holbein, *Samthase und adra*, Francfort, 1990, pp. 18-23.
21. Sobre el programa de Acton, véanse *The Varieties olHistory*, editado por F. Stern, 2a ed.. Londres, 1970, p. 249, y el comentario de H. Burterfield, *Man on his Past*, Boston, 1960.
22. Véase, por ejemplo, W. Ulbricht, "Die Novemberrevolution und der nadonale Kampf gegen den deutschen Imperialismus", en: *Bdtriige zur Geschichte derdeutschenArbeiterbewegung*, 1, 1959, pp. 8-25 en particular 17-18. El Vor wort", 7, también subraya que la revista publicaría "unveroffentlichte, für die Forschung wie für die Propagandaarbeit wertvolJe Dokumenre und Materialien" ["documentos y materiales inéditos valiosos, tanto para la investigación como para el trabajo de propaganda"], y en efecto lo hizo bajo el título de "Dokumente und Materialien".
23. Véanse, en general, B. Cronin, *The Citation Process*, Londres, 1984, con una bibliografía exhaustiva.
24. Véase *FieLdnotes: The Making Ol AnthroPoLogy*, editado por R. Sanjak, Irhaca, Nueva York, 1990, y R. M. Emerson, R. I. Frerz y L. L. Shaw, *Writing Ethnographic FieLdnotes*, Chicago y Londres, 1995.
25. Véase un análisis precursor de estos problemas en L. Stone, *The Past and the Pment Revisited*, Londres, 1987, pp. 33-37. [Hay trad. española: *EL pasado y eL presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.]
26. Véase, por ejemplo, C. V. Langlois y C. Seignobos, *Introduction to the Study ofHistory* (trad. inglesa G. G. Berry), Londres y Nueva York, 1898, reed. 1912, pp. 305-306.
27. Por ejemplo, A. Duchesne, *Preuves de L'histoire de La maison des Chasteigners*, París, 1633.
28. Véase un análisis polémico -y nostálgico- de lo que la nota al pie puede y no puede hacer en G. Himmelfarb, "Where have all the foornotes gone?", en: *on Looking into the Abyss*, Nueva York, 1994, p. 122-130.
29. Cf. P. Veyne, *Comment on escrit L'histoire*, París, 1977, pp. 273-276. [Hay rrad. española: *Cómo se escribe La historia*, Alianza, 2a ed., 1994.]
30. Acerca de lo que sigue, así como de los textos editados e inéditos a los que dio lugar la polémica, véase P. Novick, *That NobLe Dream*, Cambridge, 1988, pp. 612-621; debo advertir al lector que David Abraham y yo fuimos colegas en Princeton durante varios años (cf. Novick, p. 612, nota 51).
31. No fue éste el primer ataque de esta clase realizado por Turner. Véanse H. A. Turner, "Grossunternehmerrum und Nationalsozialismus 1930-1933. Kr-risches und Erganzendes zu zwei neuen FQrschungsbeirragen", en: *Historische Zeltschrift*, 221., 1975, pp. 18-68, Y la respuesta de D. Stegmann, "Antiquierte Personalisierung oder sozialiokonomische Faschismus-Analyse?", en: *Archiv JUr SOZlaLgeschichte*, 17, 1977, pp. 275-296
32. Véase K. Wernecke, "In den Quellen sreht zuwe;len das GegenreiJ", en: *Frankfurter Rundschau*, 17 de mayo de 1986, ZB 4: F. L. Carsten, reseña de H.A. Turner, *German HistoricalInstitute*. Londres. Boletín núm. 22, verano de 1986, pp. 20-23; citados pteviamente por Novick, p. 619, nota 60: "The David Abraham Case: Ten Comments from Hisrorians", en: *RADical History Review*, 32, 1985, pp. 75-96 en particular 76-77. Véase otro ejemplo en R. M. Bell y J. Brown, "Renaissance Sexuality and the Flórentine Archives: An Exchange", en: *Renaissance Quarterly*, 40, 1987, pp. 485-511.
33. Acerca de otro episodio parecido en ciertos aspectos al caso Abraham, véase R. M. Bell y J. Brown, "Renaissance Sexuality and rhe Florentine Archives: An Exchange", en: *Rrnaissance Quarterly*, 40, 1987, pp. 485-511.
34. Véanse G. Obeyesekere, *The Apotheosis ofCaptain Cook: European Mythmaking in the Pacific*, Princeron y Honolulu, 1992, y M. Sahlins, *How "Natives" Think. About Captain Cook, For Example*, Chicago y Londres, 1995. Exclusivamente en cuanto a la crítica histórica, Sahlins sale mejor parado de la polémica, como señal6 correctamente 1. Hacking en su reseña de! libro de éste, *London Review ofBooks*, 7 de septiembre de 1995, pp. 6-7, 9. Pero, en ocasiones, Sahlins transforma lo que evidentemente son atajos normales en los argumentos de Obeyesekere en errores inexistentes.
35. Acerca de la formación inicial de Kantorowicz, E. Grünewald, *Ernst Kantorowicz und Stefan George*, Wiesbaden, 1982, contiene mucha información novedosa; sobre su época en Heide!berg, véase pp. 34-56. Kantorowicz dijo que había omitido las notas al pie por dos razones: "Um einerseits den Umfang des Buches niebt zu vergrossern, andererseits die Lesbarkeit niebt herabzumindern, unterblieb jede Art von Quellen und Literaturnachweisen" ["Para no aumentar, por un lado, e! volumen del libro y no reducir, por e! otro, la legibilidad de! mismo, no se realiz6 la especificación de fuentes y bibliografía"]. *KaiserFriedrichderZweite*, Berlín, 1927, p. 651.
36. Grünewald, ob. cit., pp. 86-87: A. Brackmann, "Kaiser Friedrich II in 'mystischer Schau'", en: *Historische Zeitschrift*, 140, 1929, pp. 534-549.

37. Kantorowicz, ob. cit., pp. 184-186.
38. Kantorowicz, "Mythenschau', eine Erwiderung", en: *Historische Zeitschrift*, 141, 1930, pp. 534-549 en 469-470; Brackmann, "Nachwort", ibíd., pp.472-478 en particular 476-477. .
39. Kantorowicz, *Kaiser Friedrich der Zweite*. Ergänzungsband, Berlín, 1931:reed. Düsseldorf Munieb, 1964, p. 74. .
40. Véanse G.H. Nade!, "Philosophy of History before Historicism", *History & Theory* 3, 1964, pp. 291-315: R. Koselleck, *Vergangene Zukunft*, Frankfurt:1984, pp. 38-66: E. Kessler, "Das rhetorische Modell der Historiographie , e; Formen der Geschichtsschreibung, editado por R. Koselleck y cols, Munich, 198 , pp. 37-85.
41. Véase Bernays.
42. Sobre un intento reciente de irritar, que logró su propósito, véase S.Schama, *Dead Certainties. Unwarranted Speculations*, Nueva York, 1991.
43. Véanse, respectivamente. "Common-Law Origins of the Infield Fly Rule", en: *University of Pennsylvania Law Review*. 123,1975. pp. 1474-1481. Y Riess, ob. cit.
44. Véanse los artículos citados por B. Hilbert, "Elegy for Excursus: The Descent of the Footnote", en: *College English*. 51, 1989. pp. 400-404 en particular 401. Este artículo es una de varias excepciones a la descripción general en la presente obra. Acerca del impacto acaso excesivo de las notas al pie de algunos jueces, véase A. Mikva. "Goodbye to Footnotes". en: *University of Colorado Law Review*, 56, 1984-1985, pp. 647-653 en particular 649.
45. Riess. ob. cit., p. 3: "Die Häufigkeit der Fussnote, namentlich im rechtswissenschaftlichen Schrifttum, steht in einem auffälligen Gegensatz zu der geringen wissenschaftlichen Behandlung, die die Fussnote als solche erfahren hat".
46. J. H. Hexter, reseña de Christopher Hill, *Times Literary Supplement*. 24 de octubre de 1975: reed. en Hexter, 071 *Historians*, Londres, 1979, pp. 227-251. Véase una crítica más profunda de Hill en H. R. Trevor-Roper, reseña de *Intellectual Origins of the English Revolution*, *History and Theory*, 5, 1966, pp. 61-82. En este asunto, como en otros mayores, estoy en deuda con una conversación que mantuve con el recordado Arnaldo Momigliano en Chicago, poco después de la aparición de la reseña original de Hexter. Véase también T. Bender, "Facts and History", en: *Radical History Review*. 32, 1985. pp. 81-83.
47. Langlois y Seignobos, *Introduction to the Study of History* (trad. Berry), p. 299 Y nota 1. Observan los autores: "En las compilaciones de documentos y en las tesis críticas se empleó por primera vez el recurso de la anotación; desde allí se extendió lentamente hacia obras históricas de otras clases".
48. Véanse, por ejemplo, J. B. Henderson, *Scripture, Canon and Commentary*, Princeton, 1991: J. Assmann, *Das kulturelle Gedächtnis*, Munich, 1992, pp. 102 Y 174-177.
49. M. Fishbane, *Biblical Interpretation in Ancient Israel*, Oxford, 1985.
50. B. Sandkühler, *Die frühen Dantekommentare und ihr Verhältnis zur mittelalterlichen Kommentartradition*, Munich. 1967: K. Krautter, *Der Renaissance der Bukolik in der lateinischen Literatur des XIV. Jahrhunderts: von Dante bis Petrarca*, Munich, 1983: W. Rehm, "Jean Pauls vergnügtes Norenleben oder Notenmacher und Notenleser", en: *Spate Studien*, Berna y Munich, 1964. pp.7 ~96 en particular 7.10: cf. el comentario de Goethe sobre las *Römische Elegien*, *Ci-ada ibíd.*, p. 10: "Denn bei den alten lieben Tote I Braucht man Erklärung, w'll m;u; Noten; I Die Neuen glaubt man blank Zlj verstehn; I Doch ohne 001- metsch wird's auch r'icht gehn". ["Pues acerca de los amados antiguos muertos I uno necesita explicación, uno quiere notas; I a los nuevos uno cree entenderlos perfectamente; I mas, sin un intérprete, esto tampoco va a ser posible."] 51. Sobre Petrarca y Kepler, véase el polémico y lúcido análisis de H. Günther, *Zeit der Geschichte*, Frankfurt, 1993. El comentario de Kepler sobre el *Mysterium* aparece en el volumen VIII de su *Gesammelte Werke*, editado por M.Caspar y cols., Munich, 1937.
52. Véase J. Whittaker, "The Value of Indirect Tradition in the Establishment of Greek Philosophical Texts or the Art of Misquotation", en: *Editing Greek and Latin Texts*, editado por J. Grant, Nueva York, 1989, pp. 63-95.
53. Véase A. L. Astarita, *La cultura nelle Noctes Atticae*, Catania, 1993, pp.23-26.
54. P. Stein, *Regulae iuris*, Edimburgo, 1966, pp. 115-116.
55. Véase el fecundo artículo de M. B. Parkes, "The Influence of the Concepts of Ordinatio and Compilatio on the Development of the Book", en: *Mediaeval Literature and Learning* [FS R. Iv. Hunt], editado por J. J. G. Alexander y M. Gibson, Oxford, 1976, pp. 115-141 en 116-117; cf. también P. Lombard, *Sententiae in IV. libris distinctae, Spicilegium Bonaventurianum*, 4, Roma, 1979,1, pt. 1, prolegómeno, *138-139*.
56. *Ibíd.*, * 140. Véase el texto íntegro en *Patrologia latina*, 190, col. 1418 B-C; sobre el contexto, véase B. Smalley, "A Commentary on the Hebraica by Herbert of Bosham", en: *Recherches de théologie ancienne et médiévale*, 18, 1959, pp. 29-65 en particular 37-40.
57. Parkes, ob. cit. p. 133. Véanse también J. P. Gumbert, "'Typography' in the Manuscript Book", *Journal of the Printing History Society*, 22, 1993, pp.5-28 en particular 8, y sobre el contexto general, M. A. Rouse y R. H. Rouse, *Authentic Witnesses*, Notre Dame, 1991, caps. 4-7.
58. Véase, por ejemplo, E. B. Tribble, *Margins and Marginality*, Charlottesville y Londres, 1993, cap. 1.

1
2
3
4
5
6
7

8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

Esta no existe...